

DELEUZE, Gilles: *La subjetivación. Curso sobre Foucault. Tomo III*, trad. cast. Ires y Puente, Cactus, Buenos Aires, 2015, 222p.

*La Subjetivación* es el título del tercer y último de los tomos en los que la Editorial Cactus agrupó el extenso curso sobre Foucault que Deleuze dictó en la Universidad experimental de Vincennes, entre octubre de 1985 y junio de 1986. Presentado originalmente en dos partes (*Foucault. Les formations historiques* y *Foucault. Le pouvoir*), no resulta caprichosa la edición de la segunda de ellas en dos tomos separados, privilegiando, por sobre la continuidad temporal del dictado, un corte argumental que justifica la autonomía de estas últimas clases. De este modo, cada uno de los tomos profundiza uno de los tres ejes sobre los que, según Deleuze, se desliza el pensamiento y la obra de Foucault: saber, poder y subjetivación.

Los tres tomos que reúnen sus clases recientemente publicadas en español, junto con el libro, titulado *Foucault*, que fue publicado en 1986, forman parte de una extensa lista de indagaciones que Deleuze destinó a la obra de quienes consideró sus mentores, como Spinoza, Nietzsche y Leibniz. No se trata sin embargo, en ninguno de los casos, de un simple comentario o resumen de sus obras. Deleuze define la tarea de la *interpretación* como aquella que persigue el objetivo de aislar los conceptos originales del autor abordado. En este sentido, el último tomo de sus clases, a pesar de ser el más breve (cuenta con 6 clases frente a las 8 del primero y las 11 del segundo), se destaca porque allí se retoman y se ponen en relación los conceptos desarrollados en los otros dos tomos, lo que permite tener una visión completa del autor estudiado.

Así, Deleuze retoma las conclusiones a las que llegó en relación a los dos primeros ejes del pensamiento de Foucault. Para referirse al eje del *saber*, retoma las definiciones de *enunciado* y *visibilidad* como formas disyuntivas en las que éste se manifiesta, porque ver no es hablar. El rasgo distintivo

---

Recibido: 07/07/2015. Aceptado: 17/07/2015.

que poseen estos conceptos foucaultianos, según lo señala Deleuze, es que, en lugar de fundarse en una interioridad —yo hablo, yo veo y por lo tanto, yo pienso—, se caracterizan por la dispersión: el enunciado se dispersa en el lenguaje, mientras que la visibilidad se dispersa en la luz. El saber según Foucault, entonces, es una *exterioridad* que al trazar *formas* designa posiciones posibles para que distintos sujetos y objetos ocupen determinadas posiciones. En relación al eje del *poder*, Deleuze define el concepto de *diagrama*, como lo que designa una relación *informal* entre *fuerzas* que se desarrolla en el *afuera*. El poder según Foucault, entonces, en lugar de ser una posesión de los sujetos o encontrarse definido por las formas de saber, los excede, conformándose como aquello que, estableciendo *posiciones estratégicas*, afirma y pone en tensión constantemente las formas dadas.

Es en relación a esos dos ejes que Deleuze desarrolla el tercero, la *subjetivación*, que es el objeto central de este tercer tomo. La importancia de abordar este eje radica en que se trata de la temática menos conocida de la obra de Foucault. Sólo recientemente, gracias a la circulación de sus artículos y entrevistas y, sobre todo, a la publicación de las clases que dictó en el *Collège de France*, se puede tener una consideración completa de la importancia que para Foucault tenía esta dimensión. La *subjetivación*, así, se configura en la medida en que el movimiento de exteriorización, iniciado en los dos ejes anteriores, llega a un límite tal, que produce un *pliegue*, configurando una *interioridad*. De este modo, la teoría de Foucault, en la medida en que se dirige hacia lo más lejano, hacia el afuera absoluto, produce un efecto que genera lo más cercano. Lo que está más allá de las *formas de saber* y de las *estrategias de poder*, es un más acá que se *resiste* a ellas, en la medida en que, en lugar de adquirir una forma o asumir una estrategia, configura un *sujeto* que emerge por el *plegamiento* del afuera. En palabras de Deleuze, Foucault, “al descubrir la subjetivación, va a descubrir como una fuente de puntos de resistencia, como una fuente de apertura de las potencialidades de un campo social” (pp. 171-2).

Ello explica, según Deleuze, que por primera vez Foucault haya emprendido una periodización larga: fueron los griegos los primeros en haber hecho el *pliegue* de la *subjetivación*, es decir, en haber desplegado una fuerza que ya no tuviera como objeto otra fuerza, sino que, en el marco de una sociedad de hombres libres, se ejerciera sobre el *sí mismo*. Un *gobierno de sí*, como condición para gobernar a los otros, pero al mismo tiempo como principio para hacer de la propia vida un *arte*, es lo que Foucault encuentra en los griegos como referencia para proponer nuevos modos de *subjetivación*, que logren desarrollarse como *resistencia* a las nuevas *formas de saber* y *estrategias de poder*. “Así como no cesan de nacer nuevas relaciones de

poder, y así como no cesan de nacer nuevas formas de saber, tampoco dejan de nacer nuevos modos de subjetivación, capaces algunas veces de oponerse a las relaciones de poder y de independizarse de ellas, otras veces de entablar con ellas compromisos” (p. 134).

Relacionando de este modo los tres ejes del pensamiento de Foucault, Deleuze demuestra que, si es cierto que la diversidad de conceptos estudiados permite aislar etapas, el desafío consiste en encontrar cómo ellas se articulan, emergiendo cada una de la otra y otorgándole el rasgo característico a la obra del pensador estudiado. De allí la dedicación de Deleuze, desde la primera clase de este libro, en presentar el eje de la *subjetivación* tanto como una derivación de los problemas que planteaba y no resolvía Foucault en los términos de los otros ejes de su pensamiento, como respondiendo al mismo principio en el que este pensamiento se manifestaba.

Pero la tarea de la *interpretación* no termina allí. Según Deleuze, resulta crucial poner en relación el autor estudiado con otros autores con los que se puede observar una relación privilegiada. Por ello, en las páginas que plasman sus palabras puede leerse una constante alusión a los pensadores con los que Foucault estableció un diálogo más o menos evidenciado. El vínculo con Blanchot es resaltado por el énfasis que ambos autores ponen en desarrollar una crítica a la *personología*, aunque se diferencian en que Foucault, mediante el desarrollo del concepto de *subjetivación*, buscó una alternativa al *se muere* de Blanchot. La relación con Heidegger se configura en torno a la dimensión del *afuera* como constitutivo del *pensamiento*. Sin embargo, en palabras de Deleuze, Foucault encontró una alternativa a la teoría de aquel filósofo en la literatura de Roussel, por encontrar allí las bases para elaborar su concepto de *pliegue* y hacer así del pensamiento ya no una *imposibilidad ontológica* sino una *posibilidad real*. El vínculo con Nietzsche es descrito por Deleuze como el de una similar comprensión de la originalidad de los antiguos griegos, en cuanto a su capacidad para crear nuevas *fuerzas*. A su vez, aun cuando Foucault haya reconocido que su lectura de los autores de la Escuela de Frankfurt fue tardía, Deleuze destaca la similar apuesta por el *arte* aplicado a la vida como una forma de *resistencia* al poder contemporáneo. Una mención destacada merece el trazado de las líneas que ligan el pensamiento de Foucault con el de Guattari, porque, para señalarlo, Deleuze lo invitó a la clase para que él mismo pusiera en evidencia sus vínculos y diferencias en torno a los conceptos de *ideología*, *subjetivación*, *transversalidad* y *heterogeneidad*.

Así, Deleuze construye un mapa complejo en el que no sólo registra los contornos del pensamiento de Foucault, sino que lo sitúa en las coordenadas relativas de su aparición. Pero si es cierto que sus indagaciones surgen

de un conocimiento profundo de los temas estudiados y cada uno de sus desarrollos se encuentra plenamente justificado, privilegiando en todos los casos brindar la perspectiva propia de Foucault, no es menos cierto que, como toda indagación profunda, su propio ejercicio no deja de evidenciar el modo en el que ésta se relaciona con el sujeto de la indagación. Como en una pintura en la que puede percibirse tanto los rasgos de quien es retratado como los trazos de quien realiza la pintura, así define Deleuze su tarea.

De allí que, entre las diversas zonas de intensidad que atraviesan la obra de Foucault, Deleuze haya destacado aquellas en las que se ve atravesado por su fuerza. El trazo de Deleuze configura así una pintura que contiene tres líneas bien definidas. En primer lugar, Foucault aparece como un pensador del *afuera*. Tanto las *formas de saber*, como las *estrategias de poder* o los *modos de subjetivación*, encuentran su fundamento en una *exteriorización* del movimiento fundado en el eje precedente. En segundo lugar, Foucault se configura como un pensador de *problemáticas*, porque va más allá de la historia, al desplegar las *condiciones* de lo que estudia y no los *hechos*, y más acá de la filosofía, porque dichas condiciones no son *generales* sino *singulares* y por ello siempre contingentes. Y en tercer lugar, Foucault es un pensador cuya tarea principal, contenida en cada uno de los ejes, es responder a una pregunta: “¿qué quiere decir pensar?” (p. 177). Cuya respuesta, según Deleuze, consiste en delinear las *formas de saber*, las *estrategias de poder* y los *modos de subjetivación*.

Resulta imposible no encontrar los rasgos de Foucault en cada uno de los enunciados que Deleuze le dedica a lo largo de todo el curso. Pero, ¿son esos los únicos énfasis que se encuentran en la extensa obra de Foucault? ¿Pueden hallarse otros modos de poner en relación los ejes de su pensamiento, destacando hibridaciones que excedan a la exterioridad y la captura? ¿Existen en su obra tensiones que la vinculen no sólo con la dimensión del pensamiento sino que la abran de manera más inmediata a la praxis?

Intentar responder esas preguntas encuentra su fundamento en la relevancia de la obra de Foucault, que sigue estando abierta y brindando material fundamental para interpelar nuestra contemporaneidad. Pretender encontrar algo de ello en el curso de Deleuze es una tarea vana. Porque el trazo con el que ha ofrendado esa gran pintura lleva su innegable firma, que no sólo permite hacer visible y comprensible una obra tan rica como diversa y compleja, sino que la enriquece dando cuenta de su potencialidad.

Diego Ezequiel Litvinoff